

2012: ¿Un año de transición hacia la verdadera nación cubana?

María I. Faguaga Iglesias
Historiadora y antropóloga
La Habana, Cuba

Juan F. Benemelis
Historiador africanista y ensayista
Cubano. Residente en Estados Unidos

Primera parte

Está por concluir el Año Internacional de los Afrodescendientes. Quizás nos alistamos ante el nada minúsculo hecho de que, finalmente, en los organismos internacionales se apruebe el reclamo de inaugurar por vez primera un decenio para poner en lugar protagónico las históricas frustraciones, necesidades, reclamaciones y reivindicaciones de la afrodescendencia. Algo que hace mucho tiempo debió haberse traducido en derechos, legales y efectivos, y que desde los inicios republicanos se fueron postergando en uno o ambos dominios, convirtiendo en letra muerta las cartas magnas de más avanzadas formulaciones. De ser aprobado el decenio de la afrodescendencia, significaría abrir un tiempo y un espacio histórico para hacer internacional y transnacionalmente audibles las voces de la afrodescendencia.

Indoafrohispanoamérica —a excepción de Cuba, donde muy poco se ha hecho— ha

aprovechado de un punto cardinal a otro de su geografía física, gubernamental y cívica los meses en curso para diseñar, articular, readecuar y ejecutar políticas que, teniendo como destinatario más evidente a la población afro, poseen un alcance mayor: su subyacente prioridad se encamina al ya inevitable enfrentamiento de la reconfiguración estructural de esas sociedades. Acciones que, de ser conscientes y coherentemente planificadas y ejecutadas, irían dando paso a la conformación coherente y al consecuente funcionamiento sociopolítico, económico y cultural de las verdaderas naciones multiétnicas y multi-raciales que, desde nuestros forzados orígenes coloniales, estuvimos destinadas a ser.

El proceso de readecuación que viene aconteciendo en Indoafrohispanoamérica es tan legítimo y natural, que tendrá lugar en lo adelante contra todo obstáculo e interrupción, porque ya no hay tiempo para la espera. Este proceso proseguirá estén o no conscien-

tes los mandatarios continentales, e interés o no a tantos blancos criollos latinoamericanos y caribeños monopolizadores de los poderes; monopolio retenido desde la independencia con respecto a la metrópoli colonial española y otras europeas.

Hasta el presente, estas naciones han venido funcionando a partir de sustituciones disímiles, forzadas por imposiciones y opresiones, en pares dicotómicos con exigidos sometimientos, marginaciones y exclusiones. Con esa fórmula los poderes han obligado a la invisibilización de los más amplios sectores poblacionales, es decir: las poblaciones autóctonas, africanas y afrodescendientes. Fórmula igualmente empleada para forzar a los sectores subalternos a la incorporación de la enajenación como escape o de la resistencia como práctica de vida. De tal manera, en el continente no hemos tenido las naciones verdaderamente integradas que estamos, por orígenes poblacionales, destinadas a ser.

Esas fundacionales relaciones de poder, colonialistas ayer y de coloniaje desde la independencia formal hasta el presente, nos impusieron unos proyectos de nación enajenantes. De Simón Bolívar a los más variados gobiernos totalitarios, autoritarios o francamente dictatoriales, desde los hermanos Castro Ruz al nicaragüense Daniel Ortega y al ecuatoriano Rafael Correa, en cada uno de nuestros países lo que esos dirigentes políticos han considerado nuestra libertad ha reproducido la exclusión y el sometimiento de los no blancos o de los no mestizos asimilados. Se ha buscado desde el poder un blanqueamiento espurio, una *blanquitud* humillante y cínica, una tradición occidental europea y europeizante, incoherente con nuestras etnogénesis de basamento plural.

Con ese fundamento se han impuesto en el continente proyectos nacionales que, burgue-

ses o “revolucionarios”—unos y otros (auto) reivindicados “nacionalistas”—, con el devenir histórico y los acelerados procesos de mestizajes biológicos y culturales, han añadido a sus cualidades reaccionarias y fundamentalistas ese integrismo que habitualmente criticamos al mundo árabe, sin detenernos a identificar sus múltiples y cotidianas expresiones en nuestro hemisferio.

Todos estos proyectos, sin distinciones, han dejado sumergidos e invisibilizados, negados y frustrados a los más auténticos proyectos nacionales, los incluyentes, pues la inclusión no se avenía con sus interesados propósitos jerarquizadores, marginadores y excluyentes. La inclusión no se avenía con el elitismo burgués ni con el revolucionario, con los cuales la blanca-criolla aristocracia se ha hecho de los poderes y forzado a los más amplios sectores poblacionales a reeditar la posición del esclavizado productor de riquezas para el disfrute de aquellas. Derechos civiles y humanos no corresponderían en esos diseños. La universalidad de la ciudadanía naufragaría, restringida a los participantes del poder o a los que tendrían representación en este.

Fuera de lugar de esa modernidad republicana americana quedarían, en el escenario rápidamente rememorado, las mayorías, resistiendo y, en palabras del afroecuatoriano Adolfo Albán Achinte¹, re-existiendo, reelaborando «la vida en condiciones adversas intentando la superación de esas condiciones para ocupar un lugar de dignidad en la sociedad».

Fuera hemos sido dejadas las mayorías, obligadas a la subalternidad, casi siempre manipuladas por fuerzas contendientes. Ejemplifican esas fuerzas en tensión, las viejas, tradicionalistas y ajenas teologías cristianas *versus* una teología americana de la liberación restrictiva en sus interpretaciones, donde — como en los proyectos nacionales al uso — las

poblaciones originarias y la afrodescendencia, las mujeres y otros sectores sociales sometidos y/o desechados, no hallarían espacios de realización propios, sino a través del prisma del marxismo europeo con su reducción de todo análisis a la prioridad de la categoría clase social.

Esta última etapa de la teología de la liberación, al menos en el continente indoafrohispanoamericano, iniciaría su proceso de reconsideración y reformulación hacia los años 90 del siglo XX, especialmente a partir de la celebraciones y conrtracelbraciones del quinto centenario del encuentro o encontronazo entre las civilizaciones americanas y europeas.

Segunda parte

En esa abigarrada paisajística de la nacionalidad en Indoafrohispanoamérica —que no puede obviar el Caribe y sus fronteras imperiales, de las cuales en este espacio territorial y en sus imaginarios, ambos históricamente contruidos, somos productos y legatarios---, hasta la más somera revisión histórica de la construcción del impuesto proyecto de nación cubana nos remite a la práctica impositiva y excluyente. Esa revisión nos remite irremediamente al encuentro de la construcción política e intelectual de un *no-persona* primero y de un *otro* después, invariablemente identificado con la afrodescendencia. Esa revisión de lo que nos han dado por historia nacional cubana se hilvana del pasado al presente con hilo sostén y conductor que ha mantenido con firmeza en sus manos la blanca-criolla élite en el poder: burgués ayer y castrista en este presente que ha perseverado por más de cinco décadas. Castrismo que amenaza con trascender estructural e ideológicamente a los hermanos Castro, pese a su amplia distancia de la cosmovisión

de las amplias mayorías isleñas y no obstante sus profundas discordancias.

La nación, en tan certera definición de Benedict Anderson, es una comunidad imaginada que se expresa en el lenguaje verbal y extra verbal. En la pertinente perspectiva analítica de Homi Bhabha, la nación supone la duplicidad de una doble construcción: la manifiesta en la narrativa cotidiana de quienes la vivencian y la manifiesta en la narrativa de quienes la discursan y construyen las narrativas que sobre esta trascienden.

Atendiendo a esa duplicidad sobre la nación, en el caso cubano nos encontramos que la *unidad*, políticamente interpretada como subordinación y sometimiento, nos conduce por el mismo vaso comunicante de la filosofía martiana a la praxis del castrismo —con sus demagógicos discursos plagados de estereotipos— pasando por cada uno de los gobiernos republicanos previos. Sin alteraciones significativas, los gobiernos de Cuba han sido usufructuarios de los mismos presupuestos o falsas verdades, utilizando interna y externamente motivos de la *afrocubanidad* como pintoresquismo politiquero. Entramado en el cual la coartación y la manipulación de sacerdotes y sacerdotisas de las afrorreligiones han transcurrido en paralelo a la censura, desacreditación y estigmatización, sin diferencias sustanciales atendiendo a épocas históricas y sistemas de gobierno. Encontraremos de común sólo con variaciones contextuales:

- El derecho cívico reivindicado como donativo y su detentación como agradecimiento, a la par que el pedido implícito de los gobernantes a la no reclamación por la sociedad del ejercicio de aquel.
- La cultura asimilada como la ascendencia ibero y el folclor como la ascendencia afro.
- El núcleo conformador de la nación intelectualmente decretado como el ibero y el afro

intelectualmente explicitado como secundario e infecundo.

- La independencia política y el fin del sistema de esclavitud, ambos falsamente presentados como ofrendas resultantes del sacrificio del blanco-criollo.

- Los cuatro elementos dejan de lado la extensa y perenne historia de rebeldía africana y afrocubana y la temprana toma de conciencia política y del despertar del sentimiento de identidad nacional, expresadas ambas realidades en hechos de histórica comprobación y de muy escasa mención, incluso en la historiografía. Son fundamentales componentes estructuradores de un imaginario de nación condicionado por las omisiones, los falseamientos y las tergiversaciones de los hechos de relevancia. Todos estos son hechos que omiten la primacía de la afrodescendencia en la fundación de la identidad nacional y de la nacionalidad. Es ese el imaginario que, a su vez, se reproduce en función de la fijación como dogmas de las falsedades antes mencionadas.

Ese proyecto de nación, de contenido y carácter discriminador, ha sido el impuesto por la fuerza. Expresa unas atrofiadas relaciones de poder que, de la época colonial hispana al coloniaje con ropaje burgués o *revolucionario*, se reedita sin vacilaciones y con escasas oscilaciones. Consecuentemente, la legítima nación no ha podido cristalizar, ahogada por esas fuerzas retardatarias de su proceso de fragua y de consecución.

El proyecto de nación originalmente impuesto en contubernio con fuerzas foráneas (ibéricas y estadounidenses) y escudados en ella, correspondía a la voluntad de la blanca criollada isleña, que desde la larga guerra por la independencia evidenció su ambición de poder, mostró su desprecio y menosprecio hacia los afrodescendientes cubanos, y una obstina-

da perseverancia para relegar a los cubanos negros/mulatos.

Iniciada la república burguesa, entre los más destacables ejemplos de la profundidad de la exclusión y de la discriminación etno-racial en ese proyecto falsamente nacional impuesto, quedarían:

- El tratamiento otorgado al general Quintín Bandera y, finalmente, su asesinato.

- La aniquilación de las fuerzas de pensamiento y acción más radicales e integradoras entre los cubanos todos y entre los afrocubanos en particular. Entiéndase de los organizados en el Partido Independiente de Color, que siguiendo el proyecto cultural y racialmente integrador de nación que propugnara Antonio Maceo, propusieron el primer programa republicano verdaderamente incluyente e igualitario de nación.

Tercera parte

Del pasado al presente, el imaginado diseño nacional racial y culturalmente jerarquizador, autoritario y totalitario, ahistoricista, fundamentalista e integrista, ha sido reproducido en el ámbito de la política, de la mayoría de las narrativas intelectuales visibles y en no pocas artísticas. La oficial y oficiosa intelectualidad, la academia, la mayor parte de la historiografía conocida y reconocida —expresiones racial, cultural e ideológicamente coherentes con ese imaginario proyecto nacional—, han buscado fundamentos, justificaciones y han manipulado sus explicaciones en cada época de crisis, actuando como componentes del andamiaje retardatario de la construcción de la verdadera nación cubana. De esa manera nos han eternizado el pretérito poder colonialista con ropaje neocolonizador unas veces y de coloniaje otras, o inclusive de ese par en conexión.

Si el conocimiento entraña poder, ha sido sistemáticamente negado a la afrodescendencia cubana con la omisión y manipulación del conocimiento y, llegados al caso, con la represión. La maniquea presentación de los Independientes de Color como “ingenuos” apátridas, proimperialistas, negros “burgueses” ávidos de protagonismo y de posiciones de poder, elementos divisores, violentos y fomentadores de una posible intervención militar estadounidense, en este centenario de su “protesta armada” malsanamente presentada entonces como “guerra racial”, no es una casualidad.

Todo ello da cuenta de que los monopolizadores del poder y de sus secuaces —incluidos sus ideólogos— conocen que la ilegitimidad de su proyecto enérgicamente defendido por la blanca criollada a la cual representa y de la cual se presenta como parte sin serlo —recuérdese: el general-presidente Raúl Castro, hermano de su antecesor, ha públicamente declarado (auto)percibirse como “un gallego nacido en Cuba”— sería insostenible si en amplios sectores poblacionales de la Isla permeara el arresto encauzado por el poder del conocimiento. He ahí la razón por la cual nos ocultan, niegan y tergiversan nuestra historia patria a cubanos y cubanas de cualquier color y cultura, y a los cubanos y cubanas afrodescendientes.

1868, 1895, 1901, 1902, 1930, 1953, 1959 y, desde entonces, estas largas y extenuantes décadas de poder castrista, han sido la reedición de la constante confrontación exclusión *versus* integración. Consecuentemente, cada uno de esos momentos ha contado con el sostén intelectual adecuado a su fin. La especulación y la aseveración han actuado por igual, con el único propósito de inmovilizarlos dentro de una “Cuba para los cubanos” que incluye y margina a unos en beneficio de

otros, situando por demás en asimétricas condiciones a los y las nacionales que contempla.

Como esos “cubanos” y “cubanas” que se abrogarían el derecho irrestricto de disfrutar y gobernar serían: personas “blancas”, fundamentalmente masculinas, misóginas, homofóbicas y cristianas, sustituida esta última filiación entre las décadas del 60 y el 80 del siglo XX por ateas y ateizantes. La condición de cristiano —en especial católico— en años subsiguientes sería retomada y convenientemente utilizada a su favor por el poder político, nuevamente con la asistencia de la intelectualidad *revolucionaria*. La condición heterosexual se ha repensado en función de la incondicionalidad al régimen o la simulación. Lo mismo que la homofobia, y, en mucha menos medida, el ser hombre o mujer.

La alianza del poder político castrista se estableció con la jerarquía de la junta directiva del Consejo de Iglesias de Cuba, con la nunciatura católica primero y la jerarquía de los obispos católicos en la Isla después. Las visitas del Pontífice Juan Pablo II (enero 21-25 de 1998) y del facistoide e inquisidor Ratzinger, ahora en su rol de Pontífice Benedicto XVI, siendo partes de ese trazado de cosmovisión excluyente, antinegro y antinacional, actúan en igual dirección: el intento de reforzamiento de una Cuba *blanca* —calificativo cada vez más relativo, pero igual de fuerte y de excluyente en el imaginario, pues no importa tanto lo que se sea sino lo que se crea y se sienta que se es—, machista y misógina, cristianocéntrica y antinegra.

Ambos episodios actúan en beneficio de una Cuba falsa para las narrativas de quienes la vivenciamos en su cotidianidad, pero real en las narrativas de quienes la monopolizan en los poderes y en la trascendencia de las narrativas por estos visibilizadas. Ambos episodios favorecen a esa Cuba donde la estructura

ha sido diseñada para que la subalternidad no alcance más espacios que los donados y la invisibilización y la tergiversación de sí, la marginación y la exclusión, siguen siendo impuestos. Ambos van a merced de una Cuba que proyecta su eternización en esa circunstancia. Son acciones resultantes y tributarias de una Cuba en la que la ciudadanía no es un derecho, sino un privilegio donado a discreción del sistema y con las restricciones que éste le impone.

Esa es la Cuba en la cual, de la colonia formal a la colonia de facto, se repiten los estereotipos del “buen negro” que, según la interpretación cristiana —tan similar a la castriista— “perdona” y “pone la otra mejilla”. O sea, es sociedad que privilegia al negro que se alía a los poderes y, siempre en subordinación, les favorece actuando en contra de su gente, de sí mismo en tanto sujeto colectivo e individual, para recibir en pago alguna prebenda. Pero el “buen negro” nunca recibe el reconocimiento y menos aún la estimación y el respeto que implicaría el trato entre iguales, pues el sometimiento no es caldo de cultivo para enaltecer y considerar, sino para deshonar y desmoralizar. Es ésa la Cuba que no contempla al sujeto individual y colectivo afro como afrocubano, con la militancia correlativa a la conciencia de sí, de su entorno y su pertinente accionar.

No obstante, traidores, timoratos y enajenados han existido y existen en todas las épocas, en todas agrupaciones y segmentos sociales. A la par, coinciden con ellos las fuerzas socialmente más vivas, legítimas representantes de los sectores sociales excluidos. Esos sujetos, esas fuerzas vivas, son las tantas veces sometidas a las más denigrantes campañas de tergiversaciones de su imagen pública, o a la invisibilización, métodos con que se intenta anularlos del panorama en el cual se expresa la dinámica de las múltiples, variadas y puede

que divergentes fuerzas cívicas y políticas de la nación.

Cuarta parte

El milagro de transparentar “lo negro”, conseguido por los Castro, únicamente mostrándolo en lo artísticamente conveniente para su economía, es coherente con el proyecto blanco-criollo de nación:

- Nos ha despigmentado a Antonio Maceo y ha falseado su personalidad.
- Nos ha ocultado a José Antonio Aponte.
- Nos ha escarnecido, desacreditado y estigmatizado a los Independientes de Color.
- Nos ha desaparecido al movimiento afroeminista.
- Nos ha mutado a Juan Gualberto Gómez, de uno de nuestros más preclaros pensadores y excelsos periodistas a un mulato segundón del blanco José Martí, en quien recaen todos los honores de pensador y organizador independentista y revolucionario.

En hilo directo:

- Nos ha ocultado un movimiento de reivindicación de la afrocubanidad divergente del folklorizante *negrismo* a lo José Zacarías Tallet.
- Nos ha negado una afrodiáspora producida por la conjunción de los arrebatos autoritarios, totalitarios e integristas de los hermanos Castro Ruz y de su racismo antinegro.
- Ha pretendido la reedición (pseudocientífica del *etnos-nación cubano* y la rehabilitada imposición de la tesis del *mestizaje*, como falsa solución ante la evidencia del racismo estructuralmente reeditado y de sus correlativas inequidades e iniquidades racialmente ancladas.

Esta posición ideológica contribuyó a la reproducción del “negro escarmentado”. Es la posición ideológica desde la que se ensalza a un independentista blanco-criollo, linchador de cubanos negros, como el presidente José

Miguel Gómez, en la actual historiografía *revolucionaria* como “patriota” y defensor de la soberanía, y no como el traidor de la legítima nación que nos correspondería ser y no hemos sido, de aquellos a los que hace un siglo debió haber visto como a sus hermanos de nación.

El “negro escarmentado” que ese posicionamiento contribuyó/contribuye a reproducir fue el prototipo que, tras la ejemplarizante masacre con la que se frustrara la llamada Conspiración de La Escalera (1844) y —en paralelo y fundamental— se minaran las posibilidades de ascensión económica y sus concomitantes anhelos de ascensión social y a la postre política del afrodescendiente cubano, produjera la perentoriedad del “negro frustrado” y la construcción intelectual del “negro folclorizado”, *cuasi*-objetivado, imágenes útiles al poder político hasta la actualidad.

Por eso el peligro mayor de la nación cubana no está, nunca ha estado, afuera, sino adentro de sus cada vez más porosas y frágiles fronteras. No han sido fuerzas exógenas, sino endógenas, sus verdaderas anuladoras o postergadoras. Ayer, su mayor peligro radicó en su limitación práctica de la identificación del carácter nacional a su descendencia ibero; luego en la folclorización de su *negritud*. Realidad esta última hasta hoy mal interpretada por reconocidos estudiosos de la temática racial. No pocos la equiparan como sinónimo de “negro” y de “lo negro”, cuando de lo que se trata es del humano negro con nítida conciencia de su esencia, de su situación de forzada subalternidad, con orgullo de su pertenencia etno-racial y con la correspondiente y meridiana acción.

Hoy, el peligro mayor de la nación cubana está librándose ya y consiste en la obstinación, en el anclaje desfasado en el modelo blanco-criollo y antinegro, excluyente de toda perspectiva diferente de cosmovisión. Ese peli-

gro sitúa a la nación ante el desafío fundamental: pasar de la fragmentación jerarquizada en la que se ha regodeado y prorrogado, a su verdadera *integración*, o insistir en transitar hacia su desintegración., razón por la cual, de cara al futuro inmediato, el reto mayor de cualquier proyecto nacional establecido en el poder o en pugna por conseguirlo, será la simétrica inclusión de todos sus componentes, es decir: el reto mayor es no reeditar diseños nacionales excluyentes y jerarquizadores. Por consiguiente, el reto radica en potenciar, reestructurar y reequilibrar sus fuerzas vivas y en su colaboración y participación simétrica sin desdeñar ningún sector.

En ese escenario de polifacéticas fuerzas se inscriben las heterogéneas perspectivas analíticas y de gestión de la afrodescendencia: de propugnadoras a impugnadoras del *status quo*. En ese escenario se manifiestan todas con sus correspondientes posicionamientos, sus respectivas cuotas de costos éticos y morales como sujetos individuales y colectivos, etno-raciales y nacionales, cada una manifestándose en atención a sus imaginarios, patrocinios, demandas y procedimientos, a sus comprometi-mientos y militancias, a sus tácticas y estrategias. En ese escenario se expresan, entre otras, dos tendencias extremas, moviéndose en juego de luces y sombras:

- De la visibilidad ofrecida por la representatividad adulteradora de un recién incorporado 30 por ciento de negros/mulatos —mayoritariamente mujeres y jóvenes— en un Comité Central de la fuerza que se impuso como rectora de la nación: el Partido Comunista de Cuba (PCC), y la celebración de un taller internacional de la afrodescendencia, excluyente interna y externamente, pero visibilizado por los medios masivos nacionales y con la anuencia de la Organización de Naciones Unidas (ONU),

• A la imposición gubernamental de opacidad a las iniciativas de las fuerzas vivas de la afrodescendencia en pugna con el proyecto excluyente de nación. La Primera Asamblea por los Derechos Civiles de la Afrodescendencia (2010), el Primer Foro sobre Raza e Identidad (2010) y su segunda edición (2011) en articulación con voces prestigiadas de intelectuales de la afrodiáspora fomentada por los gobernantes hermanos Castro Ruz, quedan a trasluz pese a sus encomiables y legítimos esfuerzos de participación ciudadana, y su empeño en estimular —y ser parte del— el empoderamiento y reempoderamiento ciudadano de la afrodescendencia cubana.

Así, por obra y gracia de la *revolucionaria* invisibilización de gran parte de la auténtica militancia afrocubana, del pasado al presente, el símbolo de la representación y de la representatividad de la afrodescendencia nacional es usurpado unas veces por y donado otras a un apócrifo sector, viciado por las secuelas de las frustraciones del “negro escarmentado”, del “negro frustrado” y del “negro folclorizado”, y no pocas veces resultante de su trágica sumatoria.

Ese es el producto que mayoritariamente se exhibe por el mundo. Es ese el afrodescendiente desentendido de los suyos, sin conciencia de sí u ocultador de ella, enajenado, simulador y/o tergiversador, que usualmente enarbola los discursos que otros, blancos-criollos, le dictan o que ellos mismos facturan para agradarles. Unos discursos cuyos destinatarios suelen ser ingenuos y crédulos auditorios internacionales, desconocedores de los intersticios de las complejidades de la realidad nacional isleña y de las particularidades en las cuales se desenvuelve su afrodescendencia. No obstante, llama la atención la intencionalidad de importantes sectores de esos despistados y a veces deslumbrados auditorios, de conceder

crédito a la falsa idea de la homogeneidad de la afrodescendencia cubana —cuando ningún grupo humano es homogéneo— y de dar por cierta la igualmente falsa linealidad y uniformidad de su pensamiento.

Pero la representatividad de la militancia afrocubana más radical en sus posicionamientos y en sus producciones intelectuales (de la Isla o del exilio) queda ordinariamente excluida de los escenarios internacionales, silenciada e ignorada. Así se escamotea la simbología fundamental de la representación y se rehúsa la validez de la semiótica explicando a la sociedad en sus fuerzas ¿vivas? y ¿pasivas?, en sus fuerzas de poder y de autoridad, y en sus transiciones más o menos veladas. Declina la eficacia de la semiótica para explicarnos a la sociedad en sus juegos de fuerzas, expresados en sus simuladas e impuestas representaciones y en sus impuestas omisiones.

Esa es la causa de que —mal que les pese a algunos— los cubanos del presente estamos obligados y urgidos de visitar, releer, reanalizar y desentrañar nuestra propia historia. Algo que debemos emprender sin temor a escudriñar las complejidades particulares de esta historia y sus articulaciones nacionales, regionales, continentales, internacionales. Algo para lo cual siempre deberíamos atenernos a la perspectiva transnacional, con miras a ir buscando los símbolos y espacios; intentando reinterpretar los símbolos en sus espacios; emplearnos a fondo hurgando en las historias e intenciones de sus inspiradores y de sus sostenedores, de sus defensores y de sus detractores.

En esa compleja maraña de narrativas, demarcando límites y revisitando siempre escurridizas y permeables fronteras, iremos construyendo nuestros análisis históricos, sociológicos y políticos verdaderamente post-coloniales. En ese camino de reconstrucciones vamos andando, a tropiezos y con grandes obs-

táculos, una parte de los activistas cívicos y de la intelectualidad afrocubana o dedicada a la temática. Pretendemos avanzar y afianzarnos en la elaboración de nuestro propio *corpus* crítico, mirando hacia nosotros y hacia el mundo con mirada de subalterno y de excluido, a la par que de activistas cívicos y de militantes etno-raciales afro; sin complacencias con los poderes, pero sin autocompasiones; con sensibilidad del ser históricamente lacerado en su integridad, pero sin sensiblerías.

En ese camino se va construyendo, desde las bases, la legítima nación cubana que, desde el poder, con sus prácticas de coloniaje, procura continuar intentándose asfixiar. Que llegue finalmente a feliz término una gestación de ya tan larga data, más de siglo y medio, será responsabilidad de todas las células que desde su etno-génesis la conformamos y sostenemos. En ello deberemos emplearnos y esforzarnos sin distinguos de colores epiteliales, de morfologías ni de ideologías políticas. La nación, para serlo legítimamente, tiene que proyectarse verdaderamente “con todos y para el bien de todos” o, sencilla y trágicamente —en estos tiempos de desnacionalización amplia y galopante en los que tantos prefieren ser extranjeros y hasta pretenden y creen que pueden arrancarse las esencias— no sería más.

En este sentido, el año 2012 es de conmemoración del centenario del mayor linchamiento material y subjetivo sufrido por la

afrodescendencia cubana. Se nos avista como momento histórico determinante. El poder político castrista y la autoridad de las fuerzas cívicas de la afrodescendencia excluida pudieran librar su más importante batalla hasta el presente. ¿Se reeditará otro linchamiento de afrodescendientes y de afrocubanos? Hasta el presente, lo único que tenemos claro es nuestra fatídica y quizás inducida disposición para la inmoliación. Por ahora, quedamos a la expectativa de los acontecimientos. La represión desatada por las fuerzas de la policía política contra los participantes en el Segundo Foro sobre Raza y Nación no constituye un buen augurio. El antinegro José Miguel Gómez sigue emplazado en una céntrica avenida capitalina, las mujeres negras proseguimos presentadas en los medios mayormente como prostitutas y chusmas y los hombres negros, como delincuentes y asesinos. Y a las fuerzas represoras —que deberían establecer el orden— se les (mal)educa para que vea en cada afrodescendiente un potencial de alta peligrosidad.

Nota:

1-Entrevistado en el 2006 por la comunicadora y periodista colombiana Camila Gómez Cotta. En: Gómez Cotta, Camila. “Memoria ancestral e identidad, elementos para entender la agencia-otra afroesmeraldeña”. Revista *Del Caribe*. No. 53. 2009. Santiago de Cuba. P. 85.